

## ORACIÓN DE LA VIDA CONSAGRADA

*Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Padre de nuestro Señor Jesucristo y Padre nuestro. Acoge la oración que te dirigimos. Mira con benevolencia nuestros deseos de bien y ayúdanos a vivir apasionadamente el don de la vocación.*

*Tú, Padre, que en un designio gratuito de amor nos llamas por el Espíritu a buscar tu rostro en la estabilidad y en la itinerancia, haznos siempre portadores de tu memoria y que ella sea fuente de vida en la soledad y en la fraternidad, de modo que podamos ser hoy reflejo de tu amor.*

*Cristo, Hijo de Dios vivo, tu que casto, pobre y obediente has caminado por nuestras calles, sé nuestro compañero en el silencio y en la escucha, conserva en nosotros la pertenencia filial y hazla fuente de amor. Haz que vivamos el Evangelio del encuentro: ayúdanos a humanizar la tierra y crear fraternidad; que sepamos compartir la fatiga de quien se ha cansado de buscar, y la alegría de quien aún espera, de quien aún busca y de quien mantiene viva la esperanza.*

*Espíritu Santo, fuego que arde, ilumina nuestro camino en la Iglesia y en el mundo. Concédenos la valentía de anunciar el Evangelio y la alegría del servicio en la vida cotidiana. Abre nuestro espíritu a la contemplación de la belleza. Conserva en nosotros la gratitud y la admiración por la creación. Haz que reconozcamos las maravillas que Tú realizas en cada viviente.*

*María, Madre del Verbo, vela nuestra vida de hombres y mujeres consagrados, para que la alegría que recibimos que la Palabra llene nuestra existencia y tu invitación ha hacer lo que El nos diga (Jn 2, 5) nos transforme en agentes activos en el anuncio del Reino. Amén.*

## CANTO FINAL

**Anunciaremos tu reino, Señor,  
Tu reino, Señor, tu reino.**

Reino de amor y de gracia,  
Reino que habita en nosotros.

**Tu reino Señor, tu reino.**



## **HORA SANTA**

### CANTO DE ENTRADA

**Pueblo de reyes, asamblea santa,  
Pueblo sacerdotal, Pueblo de Dios,  
¡bendice a tu Señor!**

Te cantamos, Mediador

Entre Dios y los hombres,

Te alabamos, oh Ruta viviente,

Camino del cielo.

Te cantamos, Sacerdote

De la nueva alianza,

Te alabamos, tú eres nuestra paz

Por la sangre de la cruz.

### LECTURA DE LA CARTA A LOS HEBREOS 10,11-18

Hermanos:

Cristo ofreció por los pecados, para siempre jamás, un solo sacrificio; está sentado a la derecha de Dios y espera el tiempo que falta hasta que sus enemigos sean puestos como estrado de sus pies. Con una sola ofrenda ha perfeccionado para siempre a los que van siendo consagrados.

Esto nos lo atestigua también el Espíritu Santo. En efecto, después de decir: “Así será la alianza que haré con ellos después de aquellos días” añade el Señor: “Pondré mis leyes en sus corazones, y las escribiré en sus mentes, y no me acordaré ya de sus pecados ni sus culpas.” Donde hay perdón, no hay ofrenda por los pecados.

Teniendo estrada libre al santuario, en virtud de la sangre de Jesús; contando con el camino nuevo y vivo que él ha inaugurado para nosotros a través de la cortina, o sea, de su carne; y teniendo un gran sacerdote al frente de la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero y llenos de fe, con el corazón purificado de mala conciencia y con el cuerpo lavado en agua pura.



AUXILIARES PARROQUIALES  
DE CRISTO SACERDOTE

**De la Carta-Encíclica “MEDIATOR DEI”  
del PAPA PÍO XII : CRISTO SACERDOTE Y VÍCTIMA.**

“Es muy cierto que Jesucristo es Sacerdote, pero no para Sí mismo, sino para nosotros, presentando al Padre Eterno los votos y los sentimientos religiosos de todo el género humano. Jesús es Víctima, pero para nosotros, sustituyendo al hombre pecador. Por esto aquello del Apóstol: “tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús”, exige de todos los cristianos que reproduzcan en sí mismos, cuanto lo permite la naturaleza humana, el mismo estado de ánimo que tenía el mismo Redentor cuando hacía el sacrificio de Sí mismo; la humilde sumisión del espíritu, la adoración, el honor y la alabanza, y la acción de gracias a la divina Majestad de Dios; exige, además, que reproduzcan en sí mismos las condiciones de víctima: abnegación de sí mismos, según los preceptos del Evangelio, el voluntario y espontáneo ejercicio de la penitencia, el dolor y la expiación de los propios pecados. Exige, en una palabra, nuestra muerte mística en la Cruz con Cristo, de tal forma que podamos decir con San Pablo: “Estoy crucificado con Cristo” (Gal 2, 19)

**REFLEXIÓN**

Jesús ha hecho algo muy grande, muy grande: el corazón del Sacerdote. De fuego...porque si no ¿qué sería de las almas?; y al mismo tiempo, de hielo...porque si no ¿qué sería del Sacerdote?

**PRECES DIALOGADAS** (se contesta: **Señor, óyenos**).

- Jesús, Hijo de Dios vivo.
- Cristo, Palabra de Dios, que estás con el Padre
- Desde siempre y por siempre.
- Jesús, Ungido del Padre, con la fuerza del Espíritu Santo
- Cristo Sumo Sacerdote del Nuevo Testamento.
- Cristo, sacerdote eterno, glorificador del Padre.

**DE NUESTRO PADRE FUNDADOR, SIERVO DE DIOS JOSÉ PÍO GURRUCHAGA**



Pero notad, que el principal oficio del Sacerdote es ofrecer a Dios el culto en nombre del pueblo, como nos lo dice el Apóstol: “Porque todo Pontífice entresacado de los hombres, es puesto para beneficio de los hombres, en lo que mira—el culto—de Dios, a fin de que ofrezca dones y sacrificios por los pecados” (Hebr. V-1). Y Jesús, como lo explica maravillosamente el citado apóstol, y en capítulo X de la misma carta. Es la Víctima agradable que ha “recibido un cuerpo mortal, y que para cumplir la voluntad de su Padre” se ofrece para expiar nuestros pecados. Jesús es, por lo tanto, la Hostia de su Sacerdocio. ¡Qué amor tan inmenso el suyo! Sólo este pensamiento debiera producir en nuestras almas un agradecimiento sin límites, un amor perfecto de agradecimiento al Sumo Sacerdote Jesús, es decir, al Sacerdote Eterno, que nos ha puesto en contacto con Dios trayéndonos la gracia y los beneficios de los tesoros infinitos de l cielo, y ha ofrecido por nosotros la Hostia digna de la infinita majestad del Señor. Jesús Sacerdote, con su pasión, nos redimió, ya que enseñan los teólogos que la pasión de Cristo fue la causa de nuestra salvación por los siguientes modos; por medio de satisfacción, de mérito, de sacrificio, de redención y eficiencia, según aquella frase de San Mateo (XX, 28): “El Hijo del hombre vino a dar su alma para redención de muchos” De tal manera que, como dice Santo Tomás de Aquino, todos los demás sufrimientos de Jesús no han sido ordenados por el Padre Eterno y por Cristo a la redención del Género humano sin la muerte, y ello, a pesar de que cualquiera de aquellos sufrimiento, en cuanto a la cuantía de su precio—por ser de una Persona de dignidad infinita—podía redimirnos. Pero Jesús en concepto del Angélico Doctor, quiso redimirnos con la muerte; primero para que así el precio de la redención fuese, no sólo de valor infinito, sino también del mismo género, a saber: nos libro de la muerte: segundo, para que su muerte no fuera sólo precio, sino también ejemplo de virtud y así los hombres no temieran morir por la verdad: y tercero, para que la muerte de Jesús, fuera también sacramento de la salvación, cuando nosotros en virtud de la muerte suya, morimos al pecado, a las concupiscencias carnales, al amor propio, etc, y por tanto, dice literalmente el santo, “el género humano no ha sido redimido por otra pasión sin la muerte de Cristo”.